

IGNACIO RODRÍGUEZ ALFAGEME, *Mnemosyne: disfraz y noticia. Trazas de tradición clásica en la literatura española desde los orígenes al siglo XX*, Institució Alfons el Magnànim, Diputació de València, 2011, 462 pp.

Diez estudios ofrece el profesor Rodríguez Alfageme en el libro que acaba de editar en Valencia, en los que analiza, comenta y plantea cuestiones aún no resueltas sobre obras literarias hispanas y sus posibles fuentes clásicas de inspiración. El catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense se ha ocupado de estudios filológicos propios de los ámbitos del Humanismo y de la Tradición Clásica al menos desde 1984, cuando en la revista *Estudios Clásicos* publicó un primer artículo sobre la lectura de Horacio realizada por parte de Antonio Machado en algunos poemas y escritos en prosa; le siguieron un capítulo sobre los personajes míticos Baco, Ciso y el tema de la hiedra en el libro *Tradición Clásica y siglo XX* (1986), otro sobre la presencia de Homero en Antonio Machado en *Los Clásicos como pretexto* (1988), un tercero sobre las aportaciones al humanismo de don Luis Gil, en *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico* (1998), y así sucesivamente hasta nuestros días. Desde 1995 el profesor Alfageme ha participado anualmente en un proyecto de colaboración internacional cuya principal línea de investigación era precisamente la de analizar la pervivencia de mitos y de otros aspectos de la Tradición Clásica y del Humanismo en las letras hispanas desde sus orígenes. Por tanto, aquellos primeros estudios del profesor Rodríguez Alfageme fueron un buen preludio de los que posteriormente ha ido elaborando en colaboración con un numeroso grupo de profesores españoles y extranjeros que, coordinados por el catedrático de Filología Griega de la UNED, Juan Antonio López Férrez, han intervenido desde 1996 en más de quince coloquios internacionales, celebrados en marzo, en la sede madrileña de esta universidad a distancia.

Una pequeña parte de esos estudios elaborados y reelaborados por el profesor Rodríguez Alfageme son los que ahora se ofrecen reunidos en este nuevo libro. Sus contenidos abordan el *Cantar de Mio Cid*, las obras de Alfonso Martínez de Toledo, Juan de Valdés y Alfonso de Valdés,

Góngora, José Cadalso, Rubén Darío, Antonio Machado, Lorca, y otros autores de épocas distintas como Juan Rodríguez del Padrón, Juan de Mena, Lope de Vega, Quevedo, Buero Vallejo o Carolina Coronado.

Coinciden estos estudios en el hecho de que la presencia del Mundo Clásico se explica por la formación literaria recibida por los autores en sus primeros años. Parece que pudieron acceder a la lectura de los clásicos bien en sus propias casas, en bibliotecas de algunos parientes, en bibliotecas públicas o en las de sus centros de formación. Los motivos literarios cambian en función de varios factores como el gusto de cada época, las actitudes personales o institucionales ante las creencias paganas de Grecia y Roma y las cristianas institucionalizadas, el sentido cambiante de algunos mitos, etc., todo lo cual va conformando una forma de tradición heterogénea que es preciso observar en las lecturas de cada época. Por ejemplo, es notable la afirmación de que (p. 8) ya no se busca la cita mitológica directa en los autores del siglo XX, sean los de la Generación del 98 o del 27, porque esa mitología está muy distante de los sentimientos del hombre actual, pero, en cambio, sí son útiles como fuentes de inspiración el sentido profundo de aquellos símbolos que la mitología clásica reflejaba y sigue suscitando, sea con citas directas o indirectas. Por ello, cabe decir que la visión de ese Mundo Clásico en los autores contemporáneos es incluso más fiel y hasta más profunda que la del Siglo de Oro, aunque tengan en común que aquel Mundo Clásico sirve a unos y a otros como modelo de comportamiento. Así ha ocurrido a lo largo de la historia: sucedió con la filosofía griega cuando los Padres de la Iglesia y San Agustín encontraron en ella el camino para la verdadera religión y construyeron la teología cristiana; o cuando en el Humanismo resurgió en Occidente la retórica y las ciencias.

Pasando a los detalles de algunos capítulos, es destacable el hecho de no ver apenas referencias directas a la épica clásica griega o latina en el *Poema de Mio Cid*, sino que allí donde se puede encontrar un eco de aquellos motivos literarios griegos y latinos, es debido a que existe algún antecedente más reciente y geográficamente más cercano, cual es el caso de la latina *Historia Roderici* o *Carmen Campidoctoris*, o bien el *Roman de*





*Troie* de Benoît de Saint-Maure, que, a su vez, tiene dos antecedentes inmediatos: *De excidio Troiae historiae*, atribuida a Dares Frigio y el *Diario de la guerra troyana*, atribuida a Dictis de Creta. Descripciones como la muerte de un guerrero, la generosidad de los vencedores, la acción de vestir al guerrero, la despedida del Cid de doña Jimena y de sus hijas, o bien tópicos como el *locus amoenus* descrito en el episodio de la afrenta de Corpes o las similitudes y diferencias entre la escena de flagelación de doña Elvira y doña Sol y los ritos purificatorios de las *Lupercaliae* latinas, son marcos de reflexión y análisis comparativos, en los que sobresalen más las diferencias que las semejanzas, en particular, el episodio de la flagelación, que el poeta no trata como rito purificador sino como escarnio.

El segundo capítulo analiza algunos elementos de Tradición Clásica en las obras de los hermanos Alfonso y Juan de Valdés, quienes tenían la condición de erasmistas y antecedentes familiares de judíos conversos; sufrieron persecución de la Inquisición, si bien el cargo de Alfonso como secretario del emperador Carlos I, pudo librarle de una condena más grave y fue perdonado por el Papa Clemente VII. Se puede seguir la formación universitaria de estos hermanos y conocer el nombre de algunos profesores gracias a la tesis doctoral de José López Rueda, *Helenistas españoles del XVI* (1973), en la que aparecen los nombres de Francisco de Vergara, catedrático de Griego en la Complutense, autor de unas *Epístolas* en griego y de una antología de autores griegos, entre los que figuraban Luciano, Jenofonte, Demóstenes, Isócrates, Libanio, etc.; y cuando después estudió en Salamanca recibió el magisterio de Hernán Núñez. La formación en lengua latina de Alfonso queda demostrada por su correspondencia epistolar en latín con Erasmo y por ser el especialista en esta lengua con el emperador. Del amplio conocimiento que ambos hermanos tuvieron de las lenguas latina y griega hay sobrados ejemplos en sus obras, tal como se muestra en las pp. 56-76. De Juan de Valdés circuló manuscrita gran parte de su obra, entre cuyos títulos se encuentran *Diálogos de la lengua* (publicada por Mayáns en 1777), *Alfabeto cristiano*, *Comentarios a las Epístolas de San Pablo*, *El Salterio traducido*, etc. De Alfonso de Valdés se conservan dos obras cuyos títulos

indican ya su vínculo con la Tradición Clásica: *Diálogo de Lactancio y un arcediano* y *Diálogo de Mercurio y Carón*, obras en las que se comenta y justifica el saqueo de Roma por parte de Carlos I, y con ironía se aborda la cuestión de la ruina que representa la paz y la riqueza que les reporta la guerra para algunos. En estos dos autores la presencia de los clásicos no es simple cita, sino recreación a partir de sus lecturas directas de obras latinas y griegas de los autores clásicos más conocidos.

Un tercer capítulo está dedicado a Góngora, quien recurre a los clásicos por variados motivos y fines; los más frecuentes son de orden cómico, irónico o burlesco; forman parte de su argumentación en unos casos, en otros son simple adorno y en otros los utiliza para exponer el sentido profundo que esos motivos clásicos, históricos o míticos, tuvieron en su momento y volvían a tener en su propio tiempo. A pesar de que Góngora ha recibido centenares de estudios en los que lo clásico está presente, sigue habiendo en su obra un amplio campo de estudio de Tradición Clásica pendiente de análisis y comentario.

Dedica al gaditano José Cadalso y Vázquez el cuarto capítulo para ofrecer un breve panorama de la Tradición Clásica registrada en su obra, justificable por la amplia formación en los autores griegos y latinos que había recibido en su juventud, sobre todo con los jesuitas (‘estudio estimulante de los clásicos’). Sus poesías, cartas y epitafios, escritos algunos en latín, son un buen ejemplo de esta formación, pero igualmente lo son los nombres de dioses, alusiones y recreaciones en ambiente contemporáneo de mitos clásicos. También sorprende sus intentos de adaptación a versos castellanos de las anacreónticas, de las odas pindáricas o de los versos sáficos.

Capítulos de amplios análisis y comentarios son los dedicados a Rubén Darío, Antonio Machado y Federico García Lorca, de quienes sobresale tanto su formación en los clásicos como su cultivo de aquella tradición grecolatina. De Darío destaca el uso de las imágenes plásticas, de las alusiones, de las citas míticas como adornos y sus esfuerzos por adaptarse a los metros griegos y latinos; su presencia representa tres etapas de su creatividad y de su quehacer poético: parnasianismo, simbolismo y modernismo. A Antonio

Machado el profesor Alfageme ha dedicado varios estudios y conferencias, de las que en este libro se ofrece un panorama que no agota la amplia presencia de lo clásico tanto en su poesía como en su prosa. La bibliografía sobre Machado es amplísima y abrumadora, de la que en esta parcela se podría rescatar alguna, ya antigua, que abordaba las influencias virgilianas y horacianas en sus versos (Pablo de Andrés, 1970). Dos estudios dedica a Lorca, uno, centrado en el mito de Baco y otro, en el de Apolo y Dafne con agudos comentarios que reflejan una paciente y prolongada lectura de sus numerosas fuentes grecolatinas, por las que logra adaptar y recrear algunos motivos en varias ocasiones.

Finaliza el libro con dos estudios dedicados el primero al mito de Penélope como esposa fiel y astuta tejedora, y su tratamiento a lo largo de la literatura española con especiales comentarios para Lope de Vega, Quevedo y Buero Vallejo; el segundo es una especie de balance de los estu-

dios que ha presentado, cuyas líneas generales sintetiza en la evolución que el tratamiento de esos motivos clásicos ha tenido, desde la escasa presencia de lo griego en la Edad Media castellana hasta la frecuente presencia de los motivos grecolatinos en el Renacimiento, Ilustración y Romanticismo. Plural y de distintos niveles es esa presencia en la literatura española del siglo XX, donde encontramos a los autores más destacados cultivando los mitos y personajes históricos griegos y latinos como espacios paradigmáticos en los que reflejar por razones diferentes las nuevas inquietudes que inspiran la creación literaria.

En resumen, el profesor Rodríguez Alfageme reúne en este libro una selección de sus estudios sobre Humanismo y Tradición Clásica que permiten contemplar con argumentos mejor fundamentados lo que ha sido la creación literaria española desde sus orígenes.

Luis Miguel PINO CAMPOS

